



REFLEXIONES Y DIÁLOGOS SOBRE DAÑO Y REPARACIÓN



Foto: Lucho Mosquera

Jesús Alfonso Flórez López



FOTO. Navegación en bote a través del río Atrato, entre Tagachí y Quibdó

REFLEXIONES Y DIÁLOGOS SOBRE DAÑO Y REPARACIÓN. Ponencia presentada en el V Encuentro Nacional de la Red de Investigadores sobre Desplazamiento Forzado-REDIF, celebrado en la Universidad San Buenaventura de Cali, cuyo tema central fue “Desplazamiento Forzado, Daño y Reparación”. Cali, 24 y 25 de septiembre de 2009.

Jesús Alfonso Flórez López. Teólogo de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia y Doctor de Antropología de la Universidad de Paris VIII. Vicerrector de Investigación y Extensión de la Fundación Universitaria Claretiana-FUCLA durante el año 2009.

El presente texto pretende retomar algunas de las reflexiones que han surgido en diversos momentos, a lo largo de varios años, con personas y comunidades de los pueblos indígenas y afrochocoanos, en torno a los conceptos de daño y reparación. Para ello invito al auditorio y al lector a montarse en este viaje por este territorio.

Me encuentro mirando hacia el norte, de repente digo a quienes me acompañan “vamos hacia arriba”, nos encontrábamos navegando el río Atrato en dirección sur-norte, los indígenas que estaban a mi lado me respondieron, al unísono, “no, vamos es bajando”, quedé pensativo pues yo miraba mi mapa, y en mi entender de aprendiz de intérprete de cartografía, veía con claridad que el norte quedaba en la parte alta y que por lo tanto íbamos subiendo.

Le pregunté a mis compañeros de viaje, por qué decían que íbamos hacia abajo, y ellos se rieron de mí, pues era muy obvio para ellos que no existía ni norte ni sur, sino arriba y abajo, pero estos dos opuestos no los determinaba una carta sino el simple y permanente fluir del río, entonces recapacité y comprendí que aquello que para mí era arriba, es decir el norte, para los indígenas y afrotrataños era “abajo”, porque el río siempre corre hacia abajo, y su opuesto no era el sur, es decir, mi abajo era su “arriba” porque es allá, en la parte alta, cuando se remonta los ríos, que queda su nacimiento y por ende no importa si el río corre de oriente a occidente, o de sur a norte o viceversa, para determinar la ubicación, sino que lo que determina la misma es la dirección del río.

Con ello comprendí que mis mapas no me servían para dialogar con estos hermanos y hermanas de camino, que mis referentes territoriales eran otros, que por lo tanto debía desaprender mis puntos cardinales y recomenzar a aprender a



situarme de otra manera en el mundo, pero que además no era otro mundo, sino otros mundos, las diversas representaciones e imágenes territoriales construidas de forma milenaria por los Embera Dóbida, Chamíes, Katíos, Wounnan y Tules, junto a ellos los afrochocoanos.

Ese mundo lleno de ríos y bosque tupido, lleno de bejucos, raíces, hojarasca, ciénagas, meandros, montañas y mares, conviviendo con micos, aves, peces, tigrillos, guaguas y demás especies de aquella fauna sorprendente me desbordaba porque no podía recorrerlo como quisiera, dado que si bien me acondicionaba con mosquitero, repelente, botas de caucho, impermeables, linternas, y demás cachivaches que se nos tornan casi que imprescindibles, no podía caminar con la seguridad que quisiera, pues continuamente me advertían los Embera de los seres vivientes que no veíamos pero que actuaban, que me podían ayudar pero que también era probable que me generaran daños, o al menos me enredaban el camino y mientras pensaba que avanzaba sólo podía constatar que giraba en tono a un eje que caprichosamente me atraía cual imán, pegándome como las raíces a los frondosos árboles.

Esto me llevó a descubrir que según el mundo Embera, en esta selva de Chocó no estamos solos, que vivimos en medio de otros mundos, y que ahora el “arriba” y el “abajo”, ya no era por el sur o por el norte, o por el nacimiento del río o por su bocana, sino que efectivamente debajo de este mundo había otro, donde reside un sinnúmero de personajes que hacen posible la existencia de nuestro mundo, y que arriba había igualmente otro mundo. Entonces debí aceptar que mis criterios de objetividad, verificación, contrastación de fuentes se caían, pues de verdad que yo no veía nada de lo que me decían, pero si efectivamente podía sentir que esos mundos de arriba y de abajo, con sus espíritus y sombras tenían plena existencia en cuanto orientaban la conducta de estos pueblos y les permitían conocer el ritmo de este bosque húmedo tropical.

Al mirar aquella espesa masa de árboles me quedaba atónito pues para mí todo aquello era amorfo, o mejor aún todo era sinónimo de todo, que daba lo mismo estar tal vez en el río Bebará, que en Bojayá, navegar por el Baudó o ir a Tadó, sin embargo, pronto me topé con aquello que llamamos arraigo, es decir el apego a la tierra, lo que hace que los sujetos se sientan parte de la misma, pues tanto indígenas como afrochocoanos se sienten sembrados allí, dado que sus ombligos fueron enterrados no en cualquier parte, sino justamente en aquel sitio donde cayó la sangre al momento de nacer, lo cual me hizo pensar que tal vez yo no tenía ombligo, o que debía volver a nacer, para comprender eso de tener el

ombligo enterrado y que genera un vínculo indisoluble con la madre tierra, lo cual a su vez se expresa en el ritual de la ombligada compartido por indígenas y afrochocoanos, pero de qué me ombligaría?, tal vez de “imbizú”¹ para poder beber siempre de la sabiduría de la selva y poder tomar el vuelo justo cuando ya creen que me pueden atrapar, pero dejemos esa iniciativa a mi madre cuando este renacimiento se pueda dar.

Renacimiento que fui asumiendo para tratar de comprender por qué estas comunidades vivían allí a pesar de la carencia de la atención pública a la cual tenían derecho, pues los índices de mortalidad infantil ya en los años ochenta del siglo XX eran los más altos del país, el analfabetismo reinaba, la malaria seguía dejando su estela de muerte, pero en medio de ello se podía navegar a cualquier hora del día o de la noche, pues justamente al caer el sol es cuando es más propicio para transportar el plátano, o demás perecederos, se podía ir a “miniar” para encontrar “un castellano de oro para comprar la sal”, salir tranquilamente a “montiar” o cazar, visitar de un río a otro a los parientes o amigos, viajar kilómetros para pagar una manda o promesa a San Pacho, o al Santo Eccehomo de Raspadura, o juntarse todos alrededor de un velorio para llorar y jugar, o hacer la fiesta del santo patrono de las comunidades afro, o preparar tanta chicha en las comunidades indígenas para “tomar hasta cuando se acabe” durante la fiesta de la “jovenciada”.

Así fui adentrándome en ese complejo de vida exuberante, gente alegre en medio de la exclusión social secular, gente que no puede estar sola, que siempre necesita estar asociada alrededor de la parentela, gente que necesita tener muchos partos para que la media de descendientes se mantuviera, pues muchos se quedaban en el camino. Espíritu colectivo que los condujo a crear nuevas redes, ahora de carácter asociativo para exigir el cumplimiento de sus derechos, para poder afrontar las amenazas de una nueva oleada de colonización, que al igual que antaño algunos pueblos indígenas vaticinaron. En ese momento, finales de los años ochenta del siglo pasado, se percibía como una fiera invisible que ahora llegaba con la palabra mágica del “desarrollo”, del “progreso” para Chocó, con puertos y carreteras para conectar las dos costas, cosas que ilusionaron a unos y alertaron a muchos otros, frente a lo cual la exigencia no se hizo esperar y se aceleró la marcha para lograr la titulación colectiva de territorios de indígenas y afrochocoanos.

1 Ave comúnmente llamada chupaflor.



Hoy, pasados veinte años, me siento de nuevo en el bote, ya sé que cuando voy hacia el norte, navegando por el río Atrato ya no me siento yendo hacia arriba sino hacia abajo, pero a medida que bajo puedo constatar que a este bosque húmedo tropical han llegado nuevos espíritus, pero no los del mundo Embera o afrotrateño, sino los que llegaron con las motosierras para descuartizar, con los fusiles para acribillar, con las cilindros bombas, con las Pirañas, con la plata para comprar informantes, es decir, llegaron los espíritus de los ejércitos de ocupación, de derecha, de ultraderecha y de la insurgencia, todos invaden dejando muerte y sacando a la gente de los lugares donde están enterrados sus ombligos, pero no son espíritus locos, son invasiones motivadas por la transformación de este paisaje en beneficio de grupos económicos, de quienes quieren arrasar con el bosque maderable, de quienes implantan los monocultivos de la palma aceitera, del arracacho o de la coca, o de quienes imponen la extracción de minerales y de petróleo, todos con legalidad o ilegalidad, pero ninguno con legitimidad.

Ya no encuentro a la gente donde estaba antes, muchos se desplazaron a Quibdó, a Medellín, Cali, Buenaventura, Pereira o Bogotá, cuando no en las cabeceras municipales como en Riosucio, Curbaradó, Pizarro, Istmina, Condoto, Vigía del Fuerte, Murindó, Bojayá y otros más, aunque muchos aun permanecen en su lugar, en medio de la zozobra, de enfrentamientos militares que no cesan y de diversos atropellos, hasta llegar al hecho del confinamiento.

Pero todos y todas, de múltiples formas se resisten a desaparecer, los Embera se apegan a sus fuerzas tutelares, a su vínculo ancestral con el territorio, los afro saben que si atacan sus territorios es porque éstos no son, como en otro tiempo se decía, un lugar inhóspito, lleno de fieras y enfermedades, sino que se tornaron en valor estratégico para la actual fase del capitalismo, el extractivismo emerge de nuevo con la fuerza tal que no importa simular una guerra contrainsurgente para dar un zarpazo al cobre, petróleo, madera y recursos genéticos, hacer carreteras que comuniquen centros de comercio sin importar sin van a comunicar o no a los nativos del lugar.

Pero este es el desarrollo para Chocó y el Pacífico en general, el cual quiere hacer olvidar que hay centenares de asesinatos, cuyos espíritus aun esperan justicia, que los miles y miles de desplazados y confinados requieren recuperar su control sobre el territorio para poderse situar como sujetos, dado que una vez el terror paramilitar ha bloqueado la economía, sumiendo en mayor pobreza y dependencia alimentaria a los lugareños, y que las guerrillas deambulan presionando a los nativos para poder sobrevivir, ahora se escucha que el gobierno quiere dar

un “salto estratégico para la recuperación social del territorio”, advirtiéndose con ello que estos territorios continuarán presos de la confrontación militar, mientras los indígenas y afrochocoanos seguirán siendo visto como obstáculos para la penetración del capital, pero ahora, como lo han dicho de diversa forma las compañías y paramilitares, ya no los van a desplazar sino que los necesitan como obreros, cuando no, como en el caso de Curbaradó, sometidos al trabajo esclavo en las plantaciones de palma aceitera.

Una vez remonto el río y llego a Quibdó veo un murmullo de gente, muchas mujeres portando cuadros, que aparentemente pareciera una exposición fotográfica, pero me detengo a mirar y comprendo que no es una galería de publicidad, sino la galería de la memoria, son las centenas de muertos que hoy siguen clamando justicia, y cuyos familiares gritan con tal fuerza que estremece el alma: Verdad, Justicia y Reparación.

Palabras estas que no cesan de pronunciarse en todos los rincones donde están los y las desplazadas, donde están las víctimas y cuyo contenido parece lejano, pues por ejemplo, mientras las víctimas exigen este triple derecho, al lado el presidente dirige un Consejo Comunal donde se hace un elogio a los resultados de la “seguridad democrática”. Mientras tanto a la vuelta de la esquina, en las calles de Quibdó, los asesinatos no cesan, los hospitales se derrumban, las escuelas o remedos de las mismas, no ven los maestros y ahora se contempla que quién dirigía la Comisión de Ética del Congreso de la República, para investigar al presidente, es detenido porque esos mismos paramilitares del Bloque Elmer Cárdenas, comandados por alias “El Alemán” y Carlos Castaño, quienes desplazaron a miles de afrochocoanos e indígenas, asesinaron, desaparecieron y robaron tierras, le financiaron sus campañas al igual que al otro representante, quien también está detenido, hermano del actual gobernador del departamento, entidad ésta que se encuentra intervenida en la Salud y Educación, haciendo de todo esto el escenario del “triunfo de la democracia sobre el terrorismo”, pero donde cunde el terror de la ingobernabilidad, la desinstitucionalización, el hambre profundizada, pues la alta mortalidad infantil del departamento, está asociada al eufemismo de la desnutrición, mientras tanto los permisos para las compañías mineras se siguen expidiendo, los cultivos de uso ilícito siguen penetrando y las víctimas postergan su derecho a la reparación.

El cansancio se ve en los rostros de las mujeres que desde el año 1996 llegaron a Quibdó, al igual que las demás personas expulsadas de sus territorios en diversos momentos y de diversos sitios y afluentes del río Atrato, del Andágueda, del



Baudó, Riosucio, Turbo y demás lugares, ese cansancio que lleva a la desesperanza pues cuando les pregunto por lo que esperan de la reparación no lo ven reflejado en las ofertas de la reparación administrativa, pues como me dicen los indígenas:

“yo puedo reparar un motor, o reparar una canoa, o reparar la casa, pero ¿cómo puedo reparar la pérdida de mi madre?”

Yo pensaba, claro, es irreparable la pérdida de la madre, pero me di cuenta que este indígena sí tenía la madre viva, por eso le volví a preguntar:

“¿Si su madre está viva, por qué me dice que la perdió?”, él me mira y me dice con ojos de asombro: “no hablo de ella, se trata de la madre Tierra”.

Cierto, este es el núcleo de la reparación en este pueblo, el daño al territorio es directamente un daño a la comunidad, reparar en este caso a las personas pasa por la reparación del territorio, pero entonces ¿cómo podemos repararlo? ¿Se trataría de devolver o restituir tierras? ¿Pero si los indígenas en Chocó tienen más de 116 resguardos titulados, y la población afrochocoana tiene más de 2.400.000 hectáreas de forma colectiva?

Me acordé entonces de Uprimy quien afirma:

“Para superar el dilema...de las limitaciones de la visión restitutiva de las reparaciones en sociedades desiguales, proponemos la idea de lo que hemos llamado “reparaciones transformadoras” o “reparaciones con vocación transformadora”: se trata en esencia de mirar a las reparaciones no sólo como una forma de justicia correctiva, que busca enfrentar el sufrimiento ocasionado a las víctimas y a sus familiares por los hechos atroces, sino también como una oportunidad de impulsar una transformación democrática de las sociedades, a fin de superar situaciones de exclusión y desigualdad que, como en el caso colombiano, pudieron alimentar la crisis humanitaria y la victimización desproporcionada de los sectores más vulnerables y que en todo caso resultan contrarias a principios básicos de la justicia”².

² Uprimy Rodrigo y Safón María Paula. “Reparaciones transformadoras, justicia distributiva y profundización democrática”. En: Reparar en Colombia: los diferentes contextos del conflicto, pobreza y exclusión. ICTJ. Bogotá, 2009. Pp. 3-34

Mientras cavilaba sobre este concepto de la reparación transformadora, se fueron acercando mis compañeros y compañeras de viaje, afros e indígenas, a quienes les pregunté: “¿cómo podemos reparar el territorio?” Cada uno expresó su pensar y entre todos logramos concluir que, intentar hacer una reparación transformadora para el caso de los territorios étnicos de la región Pacífica de Colombia supondrá los siguientes elementos:

- **La Memoria como punto de partida de toda reparación**

El daño del cual hablamos, indígenas y afrodescendientes, no lo entendemos solamente a partir de 1996, no, nuestra tragedia comenzó con la invasión europea, pues desde allí “comenzó nuestra desgracia”, la cual no ha sido superada. Por el contrario se ha ido profundizando nuestro dolor, a los indígenas casi que nos aniquilaron, a los afro nos secuestraron de forma masiva, arrancados de nuestra primera madre África y luego nos declararon la libertad y nunca nos indemnizaron, nos tiraron cuando ya no nos necesitaban, a todos y todas nos dejaron abandonados a nuestra suerte, en condiciones de profunda inequidad. Ahora, cuando ya teníamos regularizada la propiedad de nuestros territorios colectivos nos vuelven a masacrar, expulsar o de nuevo a esclavizar en nuestra propia tierra.

Por eso si hoy queremos hablar de reparación, el daño lo debemos situar desde aquel tiempo colonial, para que no piensen que queremos que nos devuelvan al estado de exclusión al que ya estaba sometido nuestro territorio chocoano antes de los recientes hechos violentos que se desataron apenas hace trece años, olvidando que eso es tan sólo una nueva expresión de este daño prolongado. No, si hablamos de reparación es para superar nuestra condición de ser, durante siglos, “el departamento más pobre de Colombia”

- **Detener las invasiones**

Reparar nuestros territorios comienza cuando de verdad se detenga toda esta nueva oleada de invasión, la de los armados ilegales, legales y paralegales, la de las compañías y empresarios legales e ilegales, pues mientras estos invasores sigan en nuestros territorios no habrá reparación, pues el daño y sus protagonistas seguirá actuando, entonces será como achicar³ el bote pero sin tapar el hueco por donde entra el agua que nos hará hundir.

³ Acción de sacar el agua del bote o de cualquier embarcación.



- **Limpiar para la re-humanización**

Esto supone, dijo una mujer Embera, “que traigamos nuestros sabios y sabias, los jaibaná, y, como en tiempos antiguos, puedan limpiar el monte, sacar las fieras peligrosas, expulsar todos esos espíritus de la guerra, de la violencia, ayudar a reconciliarnos con los espíritus de los muertos que no hemos podido enterrar, porque nos lo prohibieron, o porque simplemente los tiraron al río y nunca los pudimos recoger”. “Sí - dijo otra mujer afro-, debemos hacer muchas limpieas, para que nuestros espíritus puedan seguir viviendo tranquilos, pues la limpieza del territorio comienza por nuestra limpia, traigamos muchas hierbas que nos puedan tranquilizar y pongamos muchas contras para que no nos dejemos doblegar ante el espíritu de la guerra que se quiere prolongar, aunque le cambien el nombre, como seguridad democrática, no nos podemos dejar confundir”.

- **Avanzar en la autonomía**

La reparación transformadora debe continuar con el ejercicio de nuestra autonomía, dijeron al unísono un par de ancianos, pues para que podamos seguir siendo indígenas y afrochocoanos necesitamos que nosotros mismos decidamos sobre nuestro presente y nuestro futuro, pero que también podamos interpretar nuestro pasado, pues éste es la base para seguir comprendiendo la relación con los demás.

La autonomía, como ejercicio concreto del derecho a la autodeterminación, empieza por definir nosotros mismos cuál es la reparación que queremos, pues somos nosotros los que hemos sentido y padecido los daños, pues como dice la canción “todo depende del dolor con que se mire”.

Pero la autonomía es también definir qué es lo queremos hacer en nuestro territorio, si queremos o no que vengan las compañías multinacionales, si queremos o no que nuestros elementos esenciales, llamados por los capitalistas recursos naturales, se conviertan o no en objeto de extracción, aunque nos digan que es por el interés de la nación, pues en nuestros territorios la nación somos nosotros, y no los intereses del capital, a los cuales siempre le ponen el apodo de “interés general o nacional”, pero si esto fuera así los primeros beneficiados seríamos nosotros, o sino miremos qué nos ha dejado tanta extracción minera en el río San Juan? Sólo

montañas de piedra y mucha más pobreza, pues ni siquiera las regalías quedan acá, ya que eso lo reportan fuera de Chocó.

- **Planes de vida**

Esa misma gente que viene a llevarse lo nuestro nos dicen que nos traen el desarrollo, pero eso en verdad es “dañorrollo”, por eso la reparación transformadora es dejar que nosotros, indígenas y afros, definamos el uso de nuestro territorio, el cual nos lo dio Ankore, Ewandama, Paba y Nana, o el Santo Dios fue e inmortal, para que vivamos bien, no para matarnos ni para que nos maten por controlar este territorio.

Por eso la reparación transformadora pasa por la definición y aplicación de nuestros PLANES DE VIDA, que para los indígenas es nuestra ley de origen, es decir poder vivir como Embera en interacción armónica con el mundo exterior, para que nuestros tres mundos, el de arriba, el de abajo y este mundo medio puedan seguir entrelazados, por eso si van a sacar petróleo, o destapar nuestros cerros sagrados, seremos nosotros quienes podamos decir si eso está acorde o no con nuestro plan de vida.

Además, dijo una señora afro que estaba por allá en la punta del bote,

“ustedes los que vienen a traernos la llamada reparación, estén seguros que si nosotros buscamos estar bien en nuestros territorios, eso no sólo nos sirve a nosotros sino a ustedes también, al final compartimos la responsabilidad de dejar a nuestro renacientes un mundo mejor, ¿no?”.